

SAN ANTONIO MARÍA CLARET – SAN FRANCISCO COLL, MISIONEROS INCANSABLES

Gijón 13 de octubre de 2014

Parece muy adecuado aprovechar la conmemoración de los 75 años transcurridos en la realización de un camino común, día tras día y al unísono, entre la Comunidad de Padres Claretianos y la de Hermanas Dominicas de la Anunciata en el *Sanatorio de Nuestra Señora de Covadonga* de Gijón. La colaboración de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María como capellanes comenzó en 1939. El conocimiento y trato entre estas dos instituciones, de Claretianos y Dominicas es verdad que viene de los Fundadores, es decir, de San Antonio María Claret y de San Francisco Coll. Deseamos en estas circunstancias dirigir una mirada hacia ambos, para profundizar en su identidad, percibir el eco de sus mensajes y, sobre todo, los que dirigen a sus dos Familias en el momento presente para reavivar la gracia del carisma recibido.

Introducción

I

DOS VIDAS EN ESTRECHA COMUNIÓN

La distancia que media entre Sallent, pueblo natal de San Antonio María Claret y Gombrèn, lugar de nacimiento de San Francisco Coll, no alcanza en línea recta a 50 kms. Es verdad que, por carretera, el recorrido se dobla en la práctica.

Cercanía geográfica

Además, estas dos poblaciones pertenecen a comarcas distintas de Cataluña, a la de Bages, la de Sallent, y a la del Ripollès, la de Gombrèn. Ambas parroquias, sin embargo, forman parte de la diócesis de Vic.

La cercanía geográfica, en cuanto a los lugares de nacimiento se refiere, hizo que estos dos santos, plenamente contemporáneos, vivieran en un clima político, religioso, cultural y social, en general, muy similar; todo ello hasta que alcanzaron su edad adulta y de intensa proyección apostólica.

San Antonio M^a Claret era cuatro años y medio mayor que San Francisco Coll, pero uno y otro se vieron afectados en la infancia por

la guerra de ocupación napoleónica (1808-1814), de la que no le quedó recuerdo personal directo a Francisco, pero sí a Antonio, porque éste lo testimoniará más tarde con palabras que rememoraban el miedo que sintió y la solidaridad para con quien más necesitaba de él en tales momentos. Escribió así:

Tiempo de la guerra de la Independencia

«Me acuerdo que en la guerra de la Independencia, que duró desde el año 1808 al 1814, el miedo que los habitantes de Sallent tenían a los franceses era grande, y con razón, pues habían incendiado la ciudad de Manresa y el pueblo de Calders, cercanos a Sallent.

Cuando llegaba la noticia de que el ejército francés se acercaba, huía todo el mundo. Las primeras veces de huir, me acuerdo que me llevaban en hombros, pero las últimas, cuando ya tenía cuatro o cinco años, andaba a pie y daba la mano a mi abuelo Juan Clará, padre de mi madre, y como era de noche y a él ya le escaseaba la vista, le advertía de los tropiezos con tanta paciencia y cariño que el pobre anciano estaba muy consolado al ver que yo no le dejaba, ni huía con los demás hermanos y primos, que nos dejaron a los dos solos. Siempre le profesé mucho amor hasta que murió, y no solo a él sino a todos los ancianos y *estropeados*»¹.

Vocación sacerdotal
Seminario de Vic

Las familias respectivas de Coll y de Claret fueron numerosas y encontraron la base del sustento diario en la industria doméstica del tejido y el cardado de la lana.

Niños todavía, sintieron cómo despuntaba en ellos la *vocación sacerdotal* y, primero Coll en 1822 y, después Claret en 1829, encontraron cauce de formación en un mismo Seminario, el de Vic, situado en las inmediaciones de la Catedral, en la que tenía su sede entonces el benemérito obispo Pablo de Jesús Corcuera y Caserta, que influyó muy positivamente en los dos, tanto en la dimensión de formación espiritual como pastoral.

Frecuentaron las aulas de filosofía al mismo tiempo: Claret las correspondientes al primer año, Coll las del tercero, por el tiempo en que murió el papa León XII y fue elegido para sucederle Pío VIII. En España consumía los últimos años de su azaroso reinado Fernando VII, padre de la futura reina Isabel II.

Vocación religiosa

Es seguro que estos dos jóvenes *filósofos*, de 22 y 17 años respectivamente, sentían por entonces una fuerte llamada, no solo hacia el sacerdocio, sino también hacia el estado religioso, en vísperas, desde luego, de unas pruebas muy duras para los conventos y sus moradores en España.

¹ San Antonio María Claret, *Escritos autobiográficos y Espirituales*, Autobiografía, Madrid 1959, 188 (= EA, seguida de la página de la edición).

De hecho Claret, al finalizar el curso 1829-1830, su primer año de filosofía, emprendió, asegura él que «muy contento», el camino que le llevaba en dirección a la famosa Cartuja de Monte Alegre (en Tiana, Barcelona), aunque es sabido que no llegó al término de su viaje. Una tremenda tempestad que se desencadenó poco antes de alcanzar la ciudad de Barcelona y que le afectó gravemente a la respiración, le hizo pensar que quizá Dios no le quería cartujo, como le confirmó poco después su superior eclesiástico.

Claret no entra en la cartuja.

Coll ingresa en la Orden dominicana

Coll, por el contrario, que llevaba tres años —los de filosofía— rumiando unas misteriosas e inesperadas palabras que le dirigieron en plena calle de Vic y que le sonaron así: «Tú, Coll, debes hacerte dominico», se decidió, al fin en aquel mismo verano de 1830, a dirigir sus pasos a las puertas del convento de la Anunciación de Gerona. Recibió allí, en la ciudad que recientemente había merecido el título de «Tres veces Inmortal», el hábito dominicano, a comienzos de octubre de este año 1830.

Domingo de Guzmán fue, de por vida, un santo al que los dos profesaron una devoción entrañable y, a la par y casi a porfía, quisieron imitarle, no solo en lo que se refiere al celo apostólico, sino también en las mismas características con que brilló su predicación itinerante, en el servicio generoso a la Palabra, en pobreza radical.

Tras las huellas de Santo Domingo

Entre los santos que más movían el ánimo de Claret cita él a Santo Domingo (EA, 254), cuya biografía, que en un momento dado recibió como recuerdo del mártir —aconsejado suyo— San Pedro Almató, leía frecuentemente y anotaba dicha biografía con su estilo peculiar, es decir, subrayando al margen del libro lo que más le atraía.

Más tarde, en el ocaso de su vida, al recordar el Arzobispo Claret en Roma la intervención de un obispo italiano en el concilio Vaticano I, escribirá con admiración: «¡Gloria a Dios, a María Santísima, a Santo Domingo y a su Religión!» (EA, 497). En la correspondencia al Padre Coll menciona al Padre de los Predicadores como «mi queridísimo Santo Domingo» (EA, 847), él que escuchó repetirse a María que debía ser «el Domingo de estos tiempos en la propagación del Rosario» (EA, 380).

Con la sola diferencia de un año, los dos, puede que ya amigos, tomaron los caminos que conducían de Vic hacia la ciudad episcopal de Solsona y allí, desafiando las dificultades de los tiempos, que eran de guerra civil y de medidas restrictivas y hasta persecutorias para todo lo religioso, recibieron la *ordenación presbiteral*.

Ordenación sacerdotal

Claret fue ordenado el día de su onomástico, 13 de junio de 1835, y Coll, también en la capilla privada del obispo mercedario de Solsona, Juan José Tejada, se ordenó de presbítero en las témporas de Pentecostés, 28 de mayo de 1836. El estreno de su sacerdocio iba a

tener escenarios bastante comunes de la diócesis de Vic, regida por el entonces vicario capitular Luciano Casadevall, más tarde obispo.

En el año 1846 un proyecto de «fraternidad apostólica» estrechó todavía más los lazos entre estos dos celosos sacerdotes. Coll se hallaba en la condición de dominico exclaustro por la supresión general de los religiosos en España. Con otros sacerdotes animados de idéntico celo, iban a ocuparse Claret y Coll de misiones populares, publicaciones religiosas y ejercicios espirituales.

«Fraternidad Apostólica»

Claret fue el alma del proyecto. Quiso que Francisco Coll se consagrara especialmente a los *ejercicios espirituales*². De los frutos que cosechó este último a lo largo de una predicación tenida en Gerona, en el mes de mayo de 1847, escribió San Antonio María con elogio hacia quien llamaba «uno de los nuestros», y añadía:

«Ha hecho mucho fruto; los comediantes rabiaban e hicieron instancias al señor jefe político de allí para que le obligara a concluir, ya que la gente no iba al teatro» (EA, 808; T, 568).

En ocasiones formaron parte de un mismo equipo misionero y recorrieron poblaciones diversas. De su predicación, unido a Claret, dio fe un connovecido del Padre Coll, llamado Domingo Coma, que se expresaba así:

Comunión en
el apostolado

«Volví a verle a los seis años de exclaustro [1841], cuando ya se dedicaba a misiones y novenarios en compañía del Padre Claret y de un Padre Agustino [José Benet]. Sus sermones y misiones eran acompañados de mucho fruto; usaba de muchas y muy expresivas y oportunas comparaciones y ejemplos; pasaba la mayor parte del día en el confesonario; terminado el sermón, volvía de nuevo, señalando días para hombres en la predicación y el confesonario. En los sermones prefería la misericordia; y para animar a la perseverancia, excitaba a la devoción del Rosario, alistando a millares en el “Rosario perpetuo”. Predicaba *gratis*, y si algo recibía, lo distribuía a los pobres o a las Hermanas, después de su fundación. En la ciudad de Barcelona predicó un mes de mayo con muchísimo fruto [1853]. El pueblo le tenía por un santo, muchos sacerdotes le pedían consejo» (T, 699).

El propio Padre Claret mencionaba pueblos o ciudades en los que misionó y que tan familiarmente resuenan, asimismo, como formando parte del escenario de predicación del Padre Coll, como por ejemplo: Viladrau, Espinelves, Artés —donde el Padre Coll fue coadjutor de la parroquia—, Igualada, Calaf, Calldetenas, Olot,

² Francisco Coll, O.P., *Testimonios* (1812-1931), Valencia 1993, 227-238 (= T, seguido del número de página).

Mataró, Barcelona, San Andrés de Palomar, Villanueva y la Geltrú, Manresa, Sallent, Balsareny, Horta, Moià —donde el Padre Coll fue muchos años vicario de la parroquia—, Vic, Santa Eulalia de Riuprimer, la Pobla de Lillet, Bagà, Solsona, Lérida... (EA, 315-316).

Se sabe que las autoridades de Balaguer (Lérida), en comunicación con el obispo de Urgell, prepararon en aquella gran población una misión del Padre Claret que, al fin, la dirigió el Padre Coll, pero pasados seis años del primer proyecto, que fue en 1846. El Padre Coll, efectivamente la dirigió en 1852, cuando Claret se encontraba ya en Cuba (T, 231).

Los comparaban a nuevos San Vicente Ferrer redivivos, por su entrega generosa a la Palabra de Dios. Tuvieron importantes amigos comunes como, por ejemplo, el aludido obispo Casadevall, el director espiritual de uno y otro que fue el Padre Bach, del Oratorio de San Felipe Neri, el celoso canónigo penitenciario de Vic Passarell, también el formador de sacerdotes en el seminario de Urgell José Nofre (T, 435).

Como «nuevos San Vicente Ferrer»

Con rapidez, el campo de actividad apostólica fue ampliándose para uno y otro, sobre todo, para San Antonio M^a Claret, que en 1848 misionó ya por las islas Canarias. Además, en 1850, recibió el encargo del arzobispado de Santiago de Cuba. Claret fue ordenado obispo el 6 de octubre de 1850 y, aunque Coll era todavía uno de los vicarios parroquiales de Moià, no se registra ninguna actividad pastoral para él en aquellos días, en que pudo estar, entre los asistentes, a la mencionada ordenación en la catedral de Vic (T, Cronología).

Canarias y Cuba, campo apostólico de Claret

La ida de Claret a Cuba iba a distanciarlos geográficamente, pero continuaron relacionados entre sí en deferentes momentos, especialmente cuando el Arzobispo Claret tuvo su residencia habitual en Madrid, y Coll llevaba entre manos la consolidación de sus Hermanas Dominicas de la Anunciata. Antes, en 1848, consiguió para Francisco Coll el título de «Misionero apostólico», que el beneficiario apreció en grado muy alto. A Coll le apoyarán después en su equipo misionero algunos hijos de la familia claretiana, destacando entre ellos por sus cualidades y fama de santidad Jaume Clotet y Fabrès.

Seguirán relacionados

Coll utilizó intensamente los escritos de Claret, en particular para sus misiones populares, que fueron muy frecuentes por numerosas comarcas de Cataluña. El fruto de las mismas lo ponderaba San Antonio María con expresiones que se han repetido, al menos tras la susodicha carta que escribió en mayo de 1847.

Coll utilizó los escritos de Claret

Los encomios que hacía de él corrieron de boca en boca y quedaron plasmados en diferentes documentos escritos. Valga por todos la cita de uno del que es autor el canónigo de Vic Jaume Collell y Bancells y lo publicó apenas fallecido San Francisco Coll (1875):

Aprecio de Claret
por Coll

«El nombre del Padre Coll va unido en la memoria del pueblo catalán al de *Mossèn Claret*, y este apóstol de Cataluña con su modestia solía decir que allí donde había pasado el Padre Coll ya no quedaba nada por rastrojear» (T, 432).

Con matices en las expresiones, múltiples fuentes documentales sobre todo las aportadas para la primera biografía y testificaciones realizadas a lo largo del proceso ordinario informativo para la canonización del Padre Coll, recordaban la sentencia humilde y laudatoria de San Antonio María. Con anterioridad, apenas fallecido, en abril de 1875, lo comunicó así a Roma el manresano Padre Enrich:

«Cuál fuera el fruto de mies copiosa lo expresó el Ilustrísimo Monseñor Claret en términos que no se creerían, si el juicio proviniese de otro. Decía el Ilustrísimo Claret: “El Padre Coll junto a mí encuentra qué espigar. Yo junto a él no hallo nada para espigar”. Cuantos conocemos a estos dos héroes, no sabemos cómo admirar este género de celo y de humildad».

«Fuente» inspiradora de
sus sermones

Claret quiso saber cuál era la fuente de la que extraía su amigo el agua de la sabiduría evangélica para distribuirla después a raudales entre las gentes que acudían a millares y que, tantas veces, se hallaban enfriadas en su fe. Coll, con suma modestia, le señaló con gesto expresivo un díptico, ante el que hacía con frecuencia su oración penitente. Representaba semejante icono el misterio de la Santísima Trinidad, a una parte y, a la otra, el de la Virgen de los Dolores, asociada de manera inseparable a la muerte redentora de su Hijo (H. Rosa Sala Xàmani, T, 763).

Significado para ambos del
Santuario de Montgrony

Para manifestar su devoción a María aseguran que Claret y Coll tuvieron un santuario común: el de Nuestra Señora de Montgrony, en Gombrèn, como se sabe pueblo natal del Padre Coll. Hacia aquel santuario miraron ambos, especialmente a la hora de llevar adelante la «obra de Dios» de sus familias religiosas respectivas. Atestiguó esto un ponderado profesor de teología, que rubricó, al fin, con la vida, la confesión de la fe hasta derramar su sangre por Cristo en 1936. Fue el sobrino nieto de San Francisco Coll, Ramón Puig y Coll, quien escribió así en 1912:

«¿Qué virtudes contiene aquel bendito suelo que diera empuje al Padre Claret para la fundación de los Hijos del Corazón Inmaculado de María, y al Padre Coll valor y constancia singular para llevar a cabo la grande obra de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata? —No

hay duda alguna que tal virtud descendió de lo alto, o sea, de los riscos donde se sienta como en su trono nuestra idolatrada Madre la Virgen de Montgrony...A mí me cumple hacer constar que uno y otro concibieron su proyecto en el pueblo natal del Padre Coll, bajo el amparo y protección de la Virgen de Montgrony.

Efectivamente: después de unos fervorosos ejercicios espirituales dirigidos por el Padre Claret en la parroquia de Campdevàdol, a los sacerdotes de la comarca, subió dicho Padre a Gombrèn para saludar y conferenciar con el reverendo Puigcarbó encargado de la parroquia y más tarde dignísimo párroco de Manlleu. Con gran satisfacción de uno y otro observaron que habían echado las líneas generales de la Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María. La Virgen de Montgrony extendía hacia ellos su manto y les sugirió la idea» (T, 462-464).

Fueron nuestros Santos necesariamente diversos, cada uno tuvo sus cualidades y su modo de ser, su misión específica en medio del Pueblo de Dios. Jaume Collell, buen observador de la realidad eclesial de su tiempo, especialmente en el ámbito de Cataluña, aseguraba que por aquellas tierras los dos ejercieron su acción bienhechora y simultánea. Después continuó el Padre Coll evangelizando los pueblos catalanes, donde su nombre «era tan popular como el del Padre Claret». Los dos dejaron una muy profunda huella (T, 460).

Diversos entre sí

Collell escuchó a ambos en sus predicaciones apostólicas. Destaca en Claret el orden en la exposición de los temas, la persuasión. Tenía una dicción fácil y muy correcta, pronunciaba con timbre de voz muy claro, a veces argentino, sus palabras penetraban con suavidad en el espíritu de los oyentes. Su gesto era noble y distinguido en el púlpito y en la calle. Su estilo era insinuante y sus mejores sermones y los más eficaces eran los dedicados a María Santísima. En el transcurso de los mismos arrebatada los ánimos con su fluidez inagotable de altísimos conceptos y la unción de sus exhortaciones.

Características de Claret:
Orden, persuasión, dicción, timbre de voz, sermones de María

Coll, por su parte, siempre según Collell, tenía un temperamento vivaz, las impresiones externas entraban fácilmente en su interior, y provocaban en él un alud de respuestas. Poseía unos pulmones de bronce. Su ardiente celo no le consentía un método riguroso en la exposición doctrinal. Los sentimientos encontraban amplio cauce en su alma y los transmitía con facilidad. Brotaban de sus labios expresiones que manifestaban amor, a veces por medio de voces penetrantes, que en ciertas ocasiones eran como *gemidos inenarrables* (Rm 8,26), «arrancados de lo más hondo del alma enamorada del

Coll, vivaz, impresiones con un alud de respuestas, pulmones, ardiente celo, gemidos inenarrables

divino Jesús y ardientemente solícita del bien del prójimo», escribía literalmente.

El Padre Coll era del linaje de los predicadores populares que ablandaban los corazones más empedernidos:

«Así se explica —concluye— las conversiones que lograba y el fruto general que conseguía en todos los pueblos, fuesen populosas ciudades o humildes villorrios, su especial vehementísima oratoria. Algo más podría decir sobre esto, porque muchas veces tuve la dicha de oírle y experimentar el efecto irresistible de aquellas encendidísimas exclamaciones con que invariablemente terminaba sus discursos, ora fuesen pláticas, ora sermones panegíricos. Naturalmente su tema favorito era la devoción del Santísimo Rosario» (T, 461).

Coll, conversiones y fruto general entre todo tipo de personas. Rosario, tema favorito

Su voz era «atronadora cual trompeta evangélica, en las iglesias rurales y en las basílicas». Predicaba con suma sencillez, una sencillez característica en él, como recordaba el Padre Enrich al comunicar su muerte el 5 de abril de 1875 (T, 586).

San Antonio María Claret y San Francisco Coll permanecieron inquebrantablemente unidos en el amor a Jesucristo y a los redimidos con su sangre. Ésta fue la razón de sus vidas. Francisco Coll sufrió, a partir de los 57 años de edad, una enfermedad de apoplejía que se le declaró precisamente mientras predicaba en Sallent, el pueblo natal de Claret, como queda dicho. Fue el mismo día en que éste, entonces Padre conciliar, celebraba una reunión con los obispos del mundo católico en la capilla Sixtina de Roma, previa a la apertura del Vaticano I, el 2 de diciembre de 1869. A pesar de todo, mientras le acompañaron las fuerzas, continuó predicando hasta el término de su peregrinación terrena, que fue el 2 de abril de 1875.

Inquebrantablemente unidos en el amor de Jesucristo

Por entonces, en abril de 1875, hacía ya cuatro años y medio que había fallecido el Padre Claret. Los dos, en consecuencia, murieron a la misma edad, a saber, a los 62 años, sin que alcanzaran a cumplir los 63.

Claret fue beatificado por Pío XI, en plena II República Española, el 25 de febrero de 1934. Lo canonizó más tarde Pío XII, el 7 de mayo de 1950.

Beatificación y canonización

San Juan Pablo II beatificó a Francisco Coll el 29 de abril de 1979 —se acaban de cumplir los 35 años—. Benedicto XVI lo canonizó el 11 de octubre de 2009. Hace dos días hemos recordado el Vº aniversario.

II

LÍNEAS – EJE DE SUS MENSAJES

1.- *El amor a Cristo y a María, motor principal de su existencia*

Es indudable que el amor a Cristo y a la Santísima Virgen estuvo en el centro de la vida de ambos. A los dos les adentraron por este camino sus propias familias y en la misma dirección encontraron apoyo en el clima parroquial que respiraron desde niños. En tal opción crecieron a velas desplegadas durante los años de formación sacerdotal y religiosa, así como en la entrega al ministerio apostólico.

Amor a Cristo y a María,
en el centro de la vida de
ambos

Estos nuevos apóstoles seguían tras los pasos de San Pablo. Él mismo reveló su camino, entre otros lugares, en la carta que escribió a los Gálatas:

«He sido crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Y esta vida que yo vivo en el cuerpo, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado él mismo por mí. Por tanto no dejo que quede en mí vana la gracia de Dios» (Gal 2, 20-21).

Vivían en la fe del Hijo de Dios. Cristo, a su vez, vivía en ellos, amándoles y entregándose por ellos. Su conciencia de esta realidad era muy viva. San Antonio María Claret experimentaba sed de derramar su sangre por Jesucristo y por esto se decidió a viajar a Roma para ponerse al servicio de la Congregación *de Propaganda Fide*. Iría así a las misiones, y de este modo saciaría su *sed de derramar la sangre por Jesucristo* (EA, 223, nota 3). En su oración se dirigía al *Jesús de su vida*, y le decía que estaba pronto a beber el cáliz de las penas interiores y resuelto a recibir el bautismo de las penas exteriores. Lejos de él, añadía, gloriarse en otra cosa que en la Cruz, en la que contemplaba a Cristo clavado para su bien. Ésta era la razón que le movía a desear estar clavado con Cristo (EA, 309-310).

Claret, ansias de martirio

Del Padre Coll testificaban que fue «un perfecto imitador de Jesucristo» (T, 770). Hasta le oyeron exclamar que estaba dispuesto a dejarse arrastrar por las calles de Barcelona para manifestar el más alto grado de amor al que verdaderamente era Señor de su vida:

Coll, deseaba manifestar el
más alto amor a Jesucristo

«Oí decir que meditando la Pasión de Jesucristo, les dijo: —“Hermanas, me dejaría arrastrar por las calles de Barcelona, en vista de cuánto padeció Jesucristo por nosotros”» (H. Rosa Sureda, T, 774).

Hizo suyo el programa de San Pablo: «Predicamos un Cristo crucificado» (1 Co 1, 23). A la urgencia de siempre, se añadían en

aquellos momentos de guerras, odios y venganzas, de pobreza y sufrimiento, razones especiales para insistir en la pasión y muerte del Redentor. En las misiones dicen que llevaba un estandarte del «Ecce homo». Se conservó, de hecho, por largo tiempo en Vic, en la casa madre de su Congregación, pero se destruyó en el asalto y ocupación de la misma a lo largo de la persecución religiosa de 1936-1939, en la que, por cierto, la Congregación ha ofrecido a la Iglesia Siete Hermanas Mártires, en los altares desde octubre de 2007.

Amor a María
expresado en el
Rosario.

Por lo que se refiere al amor a María baste recordar cuanto dice San Antonio María Claret, al comienzo de su Autobiografía: que en la infancia y juventud profesaba ya «una devoción cordialísima a María Santísima». Agradeció en alto grado las cuentas del Rosario que le regalaron cuando era muy niño, «como si fuera la adquisición del mayor tesoro, y con él rezaba en compañía de los demás niños de la escuela» (EA, 196).

Resumían la vida de San Francisco Coll, al transmitir noticia de su muerte a Roma con estas palabras:

«El Rosario, lo que equivale a decir las alabanzas a María fue su tema de predicación inagotable» (P. Enrich, T. 586).

Ya de novicio y joven profeso lo llevaba siempre en sus manos (P. Coma, T. 697). Baste decir que, hacia el comienzo de su predicación por Cataluña, inscribió en asociaciones rosarianas, solo en el pueblo de Sant Martí de Sessayoles y sus entornos, a un millar de personas. En Arèn de Benabarre se inscribieron 3.633, «consagrándose siervos de María Santísima».

Distribuía rosarios en las misiones y los bendecía al final de las mismas (T, 288, 301). No se olvidaba de encomendar a los cofrades del rosario difuntos, y organizaba sufragios en su favor (T, 269). En la ciudad de Barcelona predicó con toda solemnidad la novena del rosario en 1853 (T, 216). Para fomentar su devoción, principalmente, compuso sus obras tituladas *La Hermosa Rosa*³, y la *Escala del cielo* (OC, 551-584), que repartía generosamente, para que los fieles las tuvieran en los hogares. Se ha conservado también un sermón que escribió para predicar a los devotos del rosario en Mojà⁴.

Oh Rosario, tú eres un
libro que lo contiene todo.

Tal sermón se cierra con una gran alabanza del rosario. Escribía de este modo:

«¡Oh rosario! Tú eres un libro, breve sí, pero que enseña lo más santo y lo más sagrado de nuestra fe, tú eres como un arca que encierras un tesoro riquísimo, digno de que lo busquen

³ Francisco Coll, *Obras Completas*, Valencia 1994, 379-550 (= OC, seguido de la página).

⁴ Cf. nuestra edición: *Nuevo sermón inédito del Beato Francisco Coll, O.P. (1812-1875)*, en *Escritos del Vedat* 27 (1997) 375-392.

todos con afán. Tú eres un regalo del cielo, que revelas los principios constitutivos de la doctrina cristiana, los motivos y la práctica de todas las virtudes. Tú introduces en la virtud teologal de la fe, alientas la esperanza, y haces arder en caridad y amor hacia el Hijo de Dios, que tanto se dignó hacer y padecer por nosotros. Tú despiertas a los soñolientos, caldeas a los tibios, empujas a los perezosos, sostienes a los justos y conviertes a los pecadores. Eres una devoción, que incluye y contiene todas las demás devociones»⁵.

Quienes oyeron rezar y predicar el Rosario a Claret y a Coll, exclamaban:

«No hay hombres como el Padre Coll y el Padre Claret. Son hombres que hacen prodigios. Parece que llevan a todas partes las riquezas del Cielo, enternecen los corazones».

Llevan a todas partes las riquezas del cielo

Así, en concreto, escribía la H. Teresa Solsona, una «testigo de vista» (T, 523).

¡Amor a Cristo, a María, devoción al Rosario!

2.- *La Palabra de Dios, fuente de conocimiento de Cristo e inspiradora de su misión apostólica*

En el siglo XIX, el siglo de nuestros Santos, los católicos intensificaron sus esfuerzos para volver con renovada entrega a las *fuentes* de la vida cristiana, y así dedicaron particular atención a los Padres de la Iglesia y escritores católicos de la época antigua y alto medieval. Puede recordarse el nombre del sacerdote francés Migne y la edición que promovió de los centenares de volúmenes que abarcó su *Patrología Latina y Patrología Griega*. El *movimiento bíblico católico* es un poco posterior, y una figura clave del mismo fue el dominico francés formado durante un tiempo en Salamanca, José María Lagrange (1855-1938). El Papa León XIII, del que no tuvieron ya noticia en la tierra Claret ni Coll, se hizo eco de los nuevos planteamientos en torno a la Biblia en su encíclica *Providentissimus Deus* (1893).

Vuelta a las fuentes de la vida cristiana

Sin embargo, aunque el *movimiento bíblico* católico como tal fue un poco posterior a ellos, puede afirmarse que Claret y Coll fueron hombres de la Palabra, de la Biblia, sin duda porque se dejaron guiar por el Espíritu y, más concretamente, por una teología de la mejor ley, reflexión cristiana que no se contentaba con apoyarse en busca de confirmación para sus tesis en citas bíblicas, recogidas en «florilegios

⁵ *Ibíd.*, p. 392.

de textos» en torno a diferentes asuntos o cuestiones, sino que empujaba con decisión a los teólogos a ir al texto bíblico como tal.

Coll, valoración de la S. Escritura

Coll estudió en el año preliminar o fundamental de teología en Gerona el tratado *De Locis Theologicis* de Melchor Cano, que recoge el método de Francisco de Vitoria. En él hallaba la afirmación y se convencía de ella, de que la Sagrada Escritura es como la *médula de la teología* y, por tanto, de la *predicación*. En el programa general de estudios para la Orden dominicana se establecía que los alumnos debían asimilar a fondo esta obra de Melchor Cano, y tratar de posesionarse de su *nítida y elegante latinidad*.

Claret, afición constante por la Biblia

Maravilla cuanto escribe San Antonio M^a Claret, cuando alude a lo que significaba la Biblia para él. En orden a santificar su alma y a buscar la santificación de los demás, ya en su juventud, lo que más le movía y animaba, escribe él mismo: «Era la lectura de la Biblia, a la que siempre he sido muy aficionado» (EA, 221). Añadía que, en muchas partes de la Biblia, sentía la voz del Señor que le llamaba para que saliera a predicar (EA, 223). La «Santa Biblia» no faltó en el interior del pobre hatillo que se llevó a Roma cuando era un joven sacerdote, aunque precisa que se trataba «de un volumen pequeño» (EA, 228). Tal viaje, anota él, no lo hacía por recreo, sino «para trabajar y sufrir por Jesucristo» (EA, 227).

Más adelante en su Autobiografía y cuando aludía el tiempo de su noviciado en la Compañía de Jesús en Roma, recordaba su Biblia «con letra pequeñita, para leerla todos los días, aun de viaje, porque siempre he sido aficionado a la lectura de la Biblia». Todo esto considerado, podemos imaginar el vencimiento que tuvo que hacer de sí mismo cuando, para ponerlo a prueba su formador, le privó de la Biblia en aquellos meses romanos que duró su nunca terminado noviciado:

Privado de la Biblia durante el noviciado jesuita

«Al llegar al Noviciado me colocaron en una celda donde tenía todos los libros que había menester, menos la Biblia, que yo tanto apreciaba. Cabalmente, con la ropa de mi uso se llevaron también la Biblia que yo había traído; la pedí y me dijo: *Bien*; pero la Biblia jamás la vi hasta que tuve que salir por enfermo, pues entonces me la devolvieron» (EA, 234).

De Francisco Coll no tenemos *Autobiografía*. A Claret se la mandó escribir el Padre José Xifré, cofundador de su Congregación. Sí sabemos que el Padre Coll llevaba una especie de *Diario espiritual*, pero lo destruyó una persona de buena voluntad, pero con poca visión de futuro. Quizás en tal *Diario* se encontraban alusiones explícitas a su aprecio por la Biblia. Otros, sin embargo, testigos de sus misiones, aseguran que la temática que abordaba brotaba del Evangelio, de las fuentes de la revelación, de la Sagrada Escritura.

Maestro consumado en el arte de repartir el pan de la doctrina al pueblo parecía a un sacerdote en 1849, cuando nuestro Santo no había cumplido aún los 37 años. La admiración y entusiasmo de este cualificado oyente se reflejaba en el siguiente fragmento que se publicó en un periódico católico:

¡Qué lección para los oradores sagrados!

«¡Ah! ¡qué lección ha dado el P. Coll a los oradores sagrados! ¡qué lección a los jóvenes, sobre todo, que tan equivocadas convicciones abrigan sobre el particular! ¡cuántas veces al oír yo a nuestro apóstol evangelizando desde un balcón, y con un fervor sobrehumano, las palabras de vida eterna a un gentío inmenso, al contemplar aquella infinidad de corazones de tan diferentes clases, arrobados todos y pendientes de sus labios, cual pudiera estarlo el corazón del cristiano más dócil y piadoso; al ver ostensiblemente reflejadas en el semblante de los oyentes las diversas emociones que sucesivamente iban experimentando en su interior según el asunto, giro, tono y maneras del predicador [...]; cuántas veces, repito, al agolparse estas ideas en mi imaginación, exclamaba extático dentro de mí mismo: “Éste, éste será el verdadero modo de predicar, porque éste, y únicamente éste, es el que gana las almas para Dios”» (T, 249).

¡Éste es el verdadero modo de predicar!

En numerosas crónicas que se escribieron a raíz de otras tantas campañas de predicación, se resaltaba el aprecio de que gozaba. No se predicaba a sí mismo, sino que anunciaba el evangelio y dirigía el mensaje a todos los oyentes. Se mostraba como maestro de oradores sagrados. Tenía pendiente de su labios a las multitudes (T, 248-249). Con sencillez y pureza de intención cautivaba los corazones, y hacía recordar a Santo Domingo o a San Vicente Ferrer (T, 251). A un cronista que se refería a los ejercicios espirituales que dirigió al clero del entorno de Organyà le faltaban expresiones para encarecerlos debidamente. Al regresar en enero de 1851 al mismo pueblo lo calificaban de «apóstol de estas montañas», y entonces esperaban su palabra con avidez y estaban pendientes de su discurso, no menos luminoso que santamente sencillo (T, 272).

Maestro de oradores, como un Domingo o un Vicente Ferrer

3.- *Sublime celo apostólico proyectado a buscar la salvación de todos*

En la base de todo estuvieron sus valores humanos que pusieron decididamente al servicio de la gracia. En verdad, recibieron en herencia un corazón compasivo. Yo *naturalmente* soy muy compasivo, exclamaba Claret, al recordar su niñez (EA, 185). No podía ver una desgracia, una miseria que no la socorriera. Aseguraba que se quitaría el pan de la boca para darlo a los pobres (EA, 186): «Tengo un corazón tan sensible que al ver una pena tengo yo mayor dolor que el mismo que la sufre» (EA, 192).

Claret, carácter compasivo

Coll, valores humanos

La personalidad de Francisco Coll se presenta rica en valores humanos, con matices casi indescriptibles, pero pueden recordarse algunos que le adornaban de manera especial y cultivaba desde muy joven: amor a la verdad, lealtad, respeto por los demás, responsabilidad, sentido de justicia, fidelidad a la palabra dada, amistad, comprensión, *apertura a la compasión*, coherencia con la propia identidad, equilibrio de juicio y comportamiento. Se advertía en él capacidad de relación con los demás, que le facilitaba la afabilidad, sinceridad, prudencia, objetividad, disponibilidad para el servicio, *sensibilidad al valor de comunión*. Es éste uno de los rasgos o signos más elocuentes y una de las vías más eficaces para ofrecer cauce al mensaje evangélico. Es decir, es un presupuesto o preámbulo de gran trascendencia para abrirse al evangelio, tal como reflexionaba Juan Pablo II en su exhortación apostólica «Pastores dabo vobis», de 25 de marzo de 1992 (n. 43).

Incansables y fervorosos apóstoles

La docilidad a la gracia les convirtió en incansables y fervorosos apóstoles, que no buscaban nada más que el bien, la salvación de todos. —*¿Qué haré para salvar las almas de los prójimos?*, se preguntaba Claret, ya antes de recibir el sacerdocio (EA, 221). Idéntica pregunta se hacía el Padre Coll tras haber recorrido miles de kilómetros predicando:

«Observé que una de las principales causas de la desmoralización de los pueblos era la ignorancia en la mujer y la falta de enseñanza religiosa. Esto me indujo a discurrir cómo podría yo cooperar a la salvación de tantas almas que se perdían por dicha causa y Dios nuestro Señor me dio a entender que uno de los medios más a propósito sería la fundación de una congregación» (T, 557).

«Medios» comunes a ambos

Los dos *comenzaron al mismo tiempo las misiones populares*, hacia 1840: Claret desde Viladrau (EA, 241) y Coll desde Moirà. Se hallaron con un campo muy necesitado de cultivo, y lo cultivaron al «estilo de Jesucristo» (EA, 253). Los medios comunes fueron (EA, 266): 1).- La oración; 2).- el catecismo a los niños; 3).- la instrucción religiosa a los mayores; 4).- los sermones; 5).- los ejercicios espirituales (comenzando por los ejercicios dirigidos a los sacerdotes); 6).- distribución de libros y hojas sueltas; 7).- conversaciones familiares, distribución de imágenes, rosarios, medallas.

Coll, fervor en la predicación

Del *fervor* en las predicaciones del Padre Coll, como fruto del amor más intenso, hablaban personas que fueron testigos de cómo se comportaba en su labor evangelizadora. Aludían explícitamente a su fervor en la oratoria, a su serenidad imperturbable ante determinados intentos de hacer fracasar la misión que comenzó en Agramunt en 1851 (T, 276). Destacaban la diligencia suma y unción con que predicaba a los habitantes de Vilanova de les Avellanés, y en muchos

pueblos del entorno (T, 292). Fervor y celo inmenso advertían ya en el comienzo de la misión de Balaguer en 1852 (T, 297). La inteligencia y el fervor le distinguía ante los fieles de Les Borges Blanques en 1855 (T, 326). Al reseñar su predicación en la catedral de Vic en 1856 lo calificaban de fervoroso orador (T, 329). En Lérida daban por sabido de todos el fervor y celo de tan conocido misionero, así como el buen gusto en la elección de los puntos predicables, que atraía por las tardes del mes de mayo a un auditorio que llenaba el amplio templo donde predicaba (T, 330).

Para buscar la salvación de todos utilizaron ambos la *dulzura*, la *mansedumbre*, que mana del verdadero amor. Claret lo afirma repetidas veces. Trataba a todos con afabilidad, poniendo de relieve por encima de todo lo positivo (EA, 192/33).

Dulzura y mansedumbre

«No hay virtud que atraiga tanto los corazones como la mansedumbre. Pasa lo mismo que en un estanque de peces, que si se les tira pan, todos vienen a la orilla, sin miedo ninguno se acercan a los pies; pero si en lugar de pan se les tira una piedra, todos huyen y se esconden. —Así son los hombres. Si se les trata con mansedumbre, todos se presentan, todos vienen y asisten a los sermones y al confesonario, pero si se les trata con aspereza, se incomodan, no asisten y se quedan allí murmurando del ministro del Señor. La mansedumbre es una señal de vocación al ministerio de misionero apostólico... — Jesucristo era la misma mansedumbre y por esta virtud se le llama Cordero» (EA, 297).

Mansedumbre, señal de vocación al ministerio

Aseguran que el Padre Coll en sus actuaciones y predicación «rebosaba de dulzura», no le sorprendían enfadado a pesar de encontrarse muchas veces en situaciones verdaderamente difíciles (T, 717):

Coll, rebosaba de dulzura

«Con su dulzura animaba a la confianza en la Virgen Santísima; de modo que abrazaba a los pecadores con amor de padre y (lo que se creía imposible), movía a unos hombres tan obstinados, pues Dios se valió de él para su conversión» (T, 732).

Trataban estos dos amigos con Dios como con un buen Padre, porque su viva fe les daba seguridad de que lo es. ¡Con qué fe, con qué confianza y con qué amor hablaba Claret con el Señor, porque era su «buen Padre»! (EA, 195).

Confianza en el trato con Dios «Padre»

Las gentes, al referirse al Padre Coll misionero, se comunicaban unas a otras que iba a predicar «el “bon Déu”, el buen Dios», por las incontables veces que utilizaba esta expresión: «Dios es nuestro buen Padre Dios».

En la Regla que editó para las Hermanas en 1863 se halla este pensamiento: «Puede hallarse un alma afligida y desconsolada cuanto

se quiera: al acordarse de que *Dios es su amado Padre*, el cual todo lo puede, y que Él es el que tanto la ama, quedará luego consolada y libre de toda aflicción y amargura» (OC, 172).

Su celo apostólico que nacía del amor a Dios y a sus semejantes les animó en toda circunstancia, muchas veces en medio de dificultades, persecuciones de todo tipo y privaciones.

Al tratar de los desplazamientos y lo que ello suponía, se expresaba con mucho detalle San Antonio María Claret y cuanto él escribe se puede aplicar también al Padre Coll.

Claret, descripción de los desplazamientos: lluvias, nieves, soles, siempre a pie

«En siete años estuve andando de una población a otra... Tenía un mapa de Cataluña... por la mañana hacía cinco horas de viaje y otras cinco por la tarde, a veces con lluvia, otras veces con nieves, y en verano con soles abrasadores... con zapatos y medias de lana que me hacían ampollas en los pies, por manera que a veces me hacían andar cojo. Las nieves también me dieron ocasión de ejercitar la paciencia, cuando eran tan grandes las nevadas que cubrían todos los caminos y me hacían desconocer el terreno; yo por esto caminaba al través y me hundía en los barrancos llenos de nieve... Como siempre iba a pie, me juntaba con los arrieros y gente ordinaria, a fin de poder hablar con ellos de Dios e instruirles en las cosas de Religión, con que ellos y yo pasábamos insensiblemente el camino y todos muy consolados» (EA, 317).

Coll, ¿quieren ir al cielo?

Del Padre Coll se testificaba que hasta a los que encontraba por los caminos les preguntaba, *¿quieren ir al cielo?* (T, 687). Marcos Heras, un seglar que le acompañó por algunos días, notificaba:

Testimonio de Marcos Heras, en viaje a Borredà

«En el año 1845 fui a Mojà con un animal a buscar al P. Coll... pues había de hacer la misión en Borredà. Cuando salimos, me hizo montar a mí, caminando él a pie. Tanto en este trayecto como durante diez y ocho días que le acompañé por estos pueblos, ni un solo momento montó a caballo, y siempre iba delante como si él fuese el criado, no consintiendo nunca que ni yo, ni el animal, le trajéramos los libros y el manto, y esto a pesar del tiempo caluroso y tempestuoso que hacía... Predicó por espacio de diez y ocho días, asistiendo a sus sermones mucha gente de los pueblos vecinos, hasta de cuatro horas de distancia, de modo que la iglesia con ser muy grande, y la plaza, estaban del todo llenas. Era tanto el celo y el fervor con que predicaba, que el sudor... aparecía por encima del roquete... Los de la casa donde estaba, dijeron que ningún día conocieron que se hubiese puesto en la cama... Cuando rezaba el Rosario en la iglesia, era tal su fervor, que estando las puertas cerradas, se comprendía a gran distancia tan claramente como si se estuviera a su lado. El día que salimos de ésta, de Borredà, tuvimos que retardar la marcha más de dos horas; porque el Padre no podía dejar la mucha gente que acudía a pedir consejos.

Cuando iba por los caminos, a todos los que encontraba decíales: “¿lo hacen por Dios esto?”. Continuamente rezaba el Santísimo Rosario, y al descubrir alguna cruz o alguna imagen, rezaba en seguida un Padrenuestro o bien un Ave-María: lo poco que hablaba era de Dios». (T, 726-727).

4.- *La oración, tesoro con el que se enriquecieron para compartirlo a la vez a manos llenas*

Sin la clave de la oración no se llega a descubrir en profundidad el secreto de estos dos grandes representantes de la espiritualidad cristiana. A ellos puede aplicarse con toda justeza nuestro adagio: «Lo que pronto se aprende, tarde se olvida». Descubrieron tempranamente los caminos de la oración.

A Claret le permitieron en su tiempo comulgar a los diez años. Más o menos por esa edad recibiría por primera vez la Eucaristía, Francisco Coll. Claret no se explicaba lo que por él pasó en aquel día tan feliz. Continuó recibiendo a Jesús sacramentado con gran fervor y devoción. Al anochecer, cuando apenas quedaba gente en la iglesia de su pueblo, entraba él en el templo y «se las entendía con el Señor».

«¡Con qué fe, con qué confianza y con qué amor hablaba con el Señor, con mi buen Padre! Me ofrecía mil veces a su santo servicio, deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche a su ministerio, y me acuerdo que le decía: “Humanamente no veo esperanza ninguna, pero Vos sois tan poderoso, que, si queréis, lo arreglaréis todo”. Y me acuerdo que con toda confianza me dejé en sus divinas manos, esperando que Él dispusiera lo que se debía hacer, como en efecto así fue» (EA, 194-195).

La oración le ayudó a descubrir facetas del misterio insondable de Dios ya en la niñez, y este hallazgo le hacía exclamar: «Oh, Señor, qué cosas tan buenas ignoraba yo!» (EA, 195).

Coll, apenas un niño, madrugaba para llegar pronto a la ciudad de Vic, después de haber recorrido a pie unos cinco kilómetros. Allí se internaba en alguna iglesia para hacer oración antes de que comenzasen las clases del seminario.

En Vic tuvieron uno y otro un mismo director espiritual, el Padre Pedro Bach. Claret al aludir a los años del seminario decía que le «dirigía muy bien» (EA, 209). Coll continuó teniéndolo como director a lo largo de la vida. La oración *eucarística* y *mariana*, así como la práctica de sacramentos estaba en la base del camino que animaba a seguir a sus dirigidos (EA, 210). Claret iba diariamente a la iglesia de los dominicos de Vic y visitaba el Santísimo Sacramento y la imagen

Descubrieron tempranamente los caminos de la oración

Fe y confianza en el hablar a Dios Padre

Claret, ¡qué cosas tan buenas ignoraba yo!

Coll seminarista, madrugaba para llegar pronto a Vic

Dirección del P. Bach

Oración confiada en la presencia de Dios

de la Virgen del Rosario «por más que lloviera, y aunque las calles estuviesen llenas de nieve» (EA, 210).

Claret estimaba que en la oración el creyente debe *ponerse sencillamente ante la mirada de Dios*, debe hacerse la plegaria con plena confianza, aunque no se consiga lo que se pide. Será porque el Señor quiere conceder otra cosa mejor. La cobardía no debe hacer perder la fe en el poder de Dios. En la oración particularmente, hay que reconocer con humildad la grandeza de la llamada y de la misión, y pedirle a Dios un corazón despierto para discernir el bien y el mal. Hay que reconocer que el auxilio viene de lo Alto (EA, 594). Manifestaba así su convicción al respecto:

Necesitamos sabiduría y debemos pedirla

«Yo bien sé, Señor, que el que tiene necesidad de sabiduría, basta que os la pida..., pero a veces... no acudimos a pedirla, y entonces nos hallamos privados de ella... aun aquellos hombres que pasan por sabios y grandes teólogos» (EA, 245).

Coll, lugares propicios para la oración. Dios, dentro del orante

El Padre Coll buscaba él mismo y aconsejaba lugares de silencio y retiro para la oración, y allí comenzar con una viva conciencia de que Dios está presente. El Señor es «resplandor» que rodea por todas partes, pero se halla «dentro» del orante, en el centro de su corazón, penetrando los pensamientos más ocultos. Humildemente, hay que osar ponerse en la divina presencia, porque de él tenemos suma necesidad. Es médico que puede curar, el «santo de los santos» que puede santificar, colma con su riqueza a los pobres y necesitados. A Dios se le debe adoración. El interlocutor del orante es un «Padre bondadoso y compasivo», que está presente y siempre escucha. En realidad, es el alma de la oración y en esta «animación» ha querido otorgar un papel a María, que es Madre y Amparo, también a los Ángeles y a los Santos (OC, 391-392).

Hacia continua oración

De él aseguran que:

«Aun yendo de viaje hacía oración, y que invitaba en los carruajes a los viajeros a rezar el Rosario, y era el primero en rezar el Ave María, cuando el reloj daba la hora» (T, 692).

«En la oración no se cansaba, y se le veía permanecer delante del altar por mucho tiempo sin poder observar que se moviese, y cuando hablaba tenía la gente pendiente de sus labios, y sus palabras tranquilizaban como dichas por un Santo». (T, 740-741)

«Es difícil averiguar cuánto tiempo gastaba en oración; observé sin embargo, que a pesar de no haberse acostado a la una y media de la mañana, era muy madrugador, y que cuando a las cuatro de la mañana nos llamaban, él ya se sentía» (T, 748).

CONCLUSIÓN

El recorrido por la vida, en este día conmemorativo, y el repaso de algunos mensajes de estos dos Santos, tan hermanados entre sí y tan cercanos todavía a los aquí presentes, contribuye a proyectar hacia la vida cristiana, religiosa y sacerdotal del momento actual una intensa luz que, lejos de disminuir con el paso del tiempo, se ha intensificado, particularmente desde que la Iglesia los ha querido presentar como modelos e intercesores de alcance universal.

Estaban convencidos, como explicitaba Claret, que la gracia es más poderosa y valiente que la naturaleza, pero que la naturaleza humana es soporte necesario para la gracia y, transformada por ella, todo resulta posible en orden a la salvación, a pesar de las dificultades que acompañan el correr de los tiempos.

Con su entrega generosa prepararon tiempos nuevos, para las familias, los individuos de todas las edades y situaciones, para el ejercicio del ministerio sacerdotal y el estado religioso.

Estimaban ellos que los tiempos nuevos debían ser duraderos y estarían forzosamente jalonados de logros en la estimación humana, o bien probados por las contradicciones y hasta abiertas persecuciones. Tiempos nuevos con proyección de futuro histórico y orientado hacia lo eterno.

En la lucha que emprendieron experimentaron una ardiente sed de martirio por Cristo. No les faltaron atentados que pretendieron cortar la trama de sus vidas. Es verdad que la materialidad del martirio la han alcanzado en sus respectivas familias. ¡Cómo no recordar a los mártires claretianos de Barbastro! ¡También a las mártires de la Anunciata, en el Tibidabo o en las cercanías de la montaña de Montserrat!

Un tesoro de vida nos precede y acompaña para confirmar nuestra vida en la tarea de construir el Reino de Dios en el tiempo presente y, para ello, intensificar el amor a Cristo, a María, a San Antonio María y a San Francisco Coll. La Palabra de Dios, que guió y mantuvo constantes en su servicio a nuestros Santos, sigue alentándonos a nosotros. La oración debe mantener con vitalidad pujante nuestras comunidades y beneficiar a la comunidad humana. El celo apostólico renovará y llenará de imaginación también nuestros proyectos y tareas para el logro de los frutos que tanto deseaban ellos alcanzar, y suplicaban y piden para nosotros.

Que esta celebración sea un nuevo punto de partida y se logre así incorporar muchos brazos para preparar y cosechar una mies abundante.

